

Esta es la moraleja, y lo siento por las venerandas instituciones que nos tienen por inquilinos; pero no hay otra enseñanza que deducir de la situación que nos atraviesa de parte á parte, porque lo que es nosotros, maldito si somos los que la atravesamos.

La deserción ha contaminado ya desde la clase media hasta la aristocrática, y todavía sería posible, si llegara el caso de abandono y soledad que he indicado en mi teoría de la "evolución eliminativa", que hubiera quien siguiese el augusto ejemplo de don Carlos de Borbón, cuando fué á Méjico en busca de una contrata por el estilo de las de Machío, el *Gallo* y *Cuatro-Dedos*.

Lo dicho. Todo es de temer al paso que llevan los sucesos, y lo menos extraordinario que puede ocurrir es que un *beau matin* aparezcan nuestras costas y fronteras llenas de cartelones que digan al viandante europeo:

Esta península se alquila.

Julio de 1889.



PROGRESOS DE LA VILLA Y CORTE

- ¡Adiós, amigo Soleta!
- ¡Adiós, amigo Bonete!
- Está usted hecho un mozalbete.
- Gozo de salud completa.
- ¿Qué tal la de usted?
- Así, así.

—¿Y el humor?

—Aún tengo gana
de echar al aire una cana,
corriéndola por ahí.

—En efecto, la otra noche
creí verle en la verbena...

—¿En la de la Magdalena?

—Y con una moza en coche.

—¿Moza? De eso no hubo nada.

—No lo niegue usted, amigo;
fui testigo.

—Cuando digo
que no hay tal moza... Es casada.

—¡Qué pirata! ¡Vaya un flete!

—¡Nada de piraterías!

Son tan solo cosas mías...

—Ya, ya. Cosas de Bonete.

Lo que extraño es cómo usted,
que no es ya ningún muchacho,
se exhibiera sin empacho
ni recelo...

—¿Y á mí qué?
¿No era verbena?

—Y flamante.
—Pues nada más precedente
que estrenarla alegremente.

¡No me "achiqué," ni un instante!

Mi cochero, un pendenciero,
riñó con otro simón;
fueron á la prevención,

y me quedé sin cochero.

Estaba allí la mitad
de Madrid. ¡Qué de empujones,
y gritos, y pisotones!
¡Y qué olor á humanidad!

En la calle de Pelayo
alterné con unos "curdas,"...

—(¡Diversiones más absurdas!)

—...Y casi hubo un Dos de Mayo.

Porque uno metió la pata,
y mi niña se "abroncó,"

y hubo un belén de "mistó,"...

En fin, Soleta, una "lata,"

Pero yo me divertí.

¡Los buñuelos que tragué!...

¡El "mollate," que "pimplé,"!...

¡La "cogorza," que cogí!...

Para eso son las verbenas,
uso antiguo y venerando
de un pueblo en que van quedando
tan pocas costumbres buenas.

Esto es lo tradicional,
lo castizo...

—Lo vetusto,
lo grosero y de mal gusto.

—No, señor: ¡lo nacional!

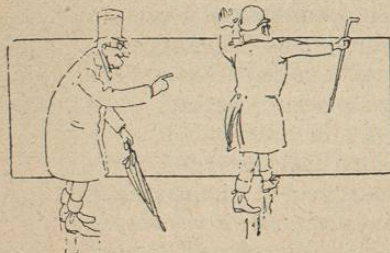
—El oírle á usted me irrita...

—¿No aplaude usted á los ediles
que han dotado á los Madriles
de una nueva verbenita?

—Yo reservo mi corona
 para más cultos inventos.
 —¿Para los Ayuntamientos
 al uso de Barcelona?
 A aquél no bastan caudales,
 y en su *megalomania*,
 tragarse á España querría,
 y al mundo y sus arrabales.
 —Pues aplaudo su ambición;
 y lo mismo hace el país.
 —¿Barcelona es un París?
 —¿Madrid es un Alcorcón?
 —La idea ha sido acertada,
 cual no habido otra quizás.
 —Sí; para los que hacen las
 rosquillas de Fuenlabrada.
 —¿Por qué no, si las venera
 toda la gente castiza,
 cuya honda fe simboliza
 la clásica tía Javiera?
 —Esa imagen es muy fiel.
 Así estamos de atrasados...
 Lo que es comiendo "torrados",
 no se hace la torre Eiffel.
 —Pues, ¿y el "churro,"? Lo confieso,
 y el decirlo no me arredra;
 diz que el del carbón de piedra
 es el olor del progreso,
 pero lo que es yo, maldito
 si lo aguanto. Otro es mejor...

¡Viva España! ¡No hay olor
 como el del aceite frito!
 —Bonete, me da usted pena.
 —Soleta, si hace lo que hago,
 le irá bien. Hoy es Santiago.
 —Bueno, ¿y qué?
 —¡Pues que hay verbena!

Julio de 1889.



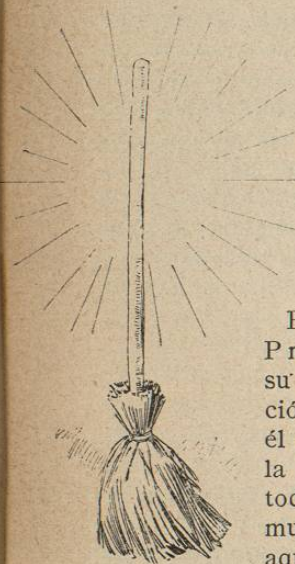


IN HOC SIGNO VINCES

¡Pobre *Jota-Jota*, como llamábamos al simpático Juan José Jiménez Delgado todos sus amigos y conocidos, es decir, Madrid entero!

Fué un Precursor (así, con P mayúscula), y lo mismo que su tocayo el Bautista, anunció los tiempos de la Cruz; él preludeó y preparó los de la Escoba (con mayúsculas todo ello), dando la gran fórmula de la época moderna en aquel su inconsciente dístico

Hay que barrer mucho,
y hay que barrer bien,



por el cual será más famoso ante la posteridad, que por todos cuantos versos compuesto á sabiendas.

Esa frase ha de ser para la ciencia sociológica y sus aplicaciones lo que fué para Colón su famoso huevo; lo que fué para Newton su célebre pera.

Voz profética fué la de Jiménez Delgado, y llegó al fin el cumplimiento de la elocuente profecía. El Ayuntamiento de Madrid va á ser barrido... La escoba empieza á cumplir su regeneradora misión. Cuando los nuevos ediles tomen posesión de los edificios municipales—previas las precauciones aconsejadas por la higiene—deben ver inscrita en letras de oro, á la entrada del salón, la frase de Jiménez Delgado, así como en la casa consistorial de Toledo se lee aquello de

Pues habéis de ser pilares
de estos riquísimos techos,
estad firmes y derechos;

ó lo que dijere el rótulo, que no lo recuerdo á punto fijo.

¡Oh redentora y sacrosanta Escoba (siempre con E mayúscula)! ¡Adoro en ti como adoraba el jacobino en la Guillotina, y casi casi como adora el cristiano en la Cruz!

Ducazcal habló un día en el Congreso de

un maestro de escuela á quien encontró en la calle de Alcalá empuñando la escoba y vistiendo el uniforme de los franco-tiradores de Zozaya.

—¡Qué escándalo!—gritaron las gentes cortas de vista y alcances.

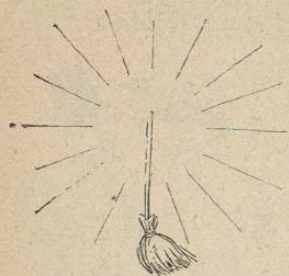
¿Por qué?

En vez de absurdo y abominable, hallé el caso tan lógico y ejemplar, y me pareció que semejante acto (aun realizado por necesidad, y no por vocación ó convicción) respondía á un conocimiento tan perfecto de la sociedad actual y de sus necesidades, que escribí un artículo en *Los Madriles* para ensalzar al maestro convertido en barrero y declararlo más grande, al tirar palmeta y coger la escoba, que lord Byron en el poema de Núñez de Arce, al arrojar la lira y empuñar la espada.

La espada—decía entonces—no sirve ya más que para matar toros, y la palmeta no la usan sino D. Manuel! Cañete en sus críticas y D. Antonio Cánovas en sus discursos.



He ahí, con *Lagartijo* y *Frascuelo*, los únicos "maestros," que nos quedan.



In hoc signo vinces.

Si hay algún español á quien se le señale en sueños su misión providencial y se le signifique su victoria con algún simbolo como

Ante un pueblo que no lucha y una sociedad que no aprende, la espada y la palmeta tienen que ceder el puesto á otros símbolos (ahora que lo simbólico está de moda); y para expresar la necesidad de quitar de en medio los restos de tantas cosas como caen, deshechas y putrefactas, no hay como la bendita escoba.

Por fin, la vemos "funcionar," y al contemplarla, vengadora y saludable á la par, surgir y erguirse enfrente del Ayuntamiento de Madrid, me inclino ante ella con el respeto del emperador romano al aparecérsese en los aires el simbolo cristiano rodeado del mágico letrado:

el de Constantino, tengo por cierto que esa ha de ser el que ahora se alza ante la Casa de la Villa.

¿Se detendrá ahí la regeneradora acción de la escoba?

De su eficacia "en todos los terrenos," responden ciertos versos célebres de Manuel del Palacio, en donde se ve que la escoba da en ocasiones mucho mejor resultado que el cañón.

Y de su "honorabilidad," da fe la historia antigua, haciéndonos saber que en el templo de Apolo, en Delfos, el acto de barrer constituía nada menos que una ceremonia sagrada, efectuada por los mismos sacerdotes con unas ramas de cedro.

Hemos vuelto, pues, á los tiempos clásicos, y el barrendero puede exclamar, sin temor de que le desmientan los hechos ni los hombres:

—Hacemos más que cumplir una misión... Ejercitamos un sacerdocio.

Pero ¡ay, que lo sacerdotal se presta á sobrados abusos, y ni aun la escoba, con ser principio y origen de toda pulcritud, está libre de ser mal empleada!

¿Acontecerá con ella lo que con la "piqueta demoledora," de que tanto han abusado los demagogos en estado de lactancia y los reaccionarios en estado de chochez, y en la

cual hemos dejado de creer desde que hemos visto á los grandes demolidores convertidos en simples *fournisseurs* de ripio y cascote para uso de retóricos parlanchines?

Rechacemos los asaltos de la duda y entreguémonos á las dulzuras de la fe.

Creemos en la escoba, y bendigamos su aparición en el presente instante; que tiempo quedará para averiguar si los que la empuñan ahora con tan saludable energía, intentan sencillamente... barrer hacia adentro.

Agosto de 1889.



LO QUE TOCAN SS. MM. Y AA.



Leyendo hace pocos días un periódico parisiense (y perdone el obispo de Madrid que prefiera la lectura de *L'Événement* á la de *El Movimiento Católico*) encontré una noticia de soberano interés.

¡Y tan soberano!

Se refiere á los méritos que en el cultivo de la música poseen los individuos más conspicuos (adjetivo de moda) de las casas reinantes en las naciones que todavía disfrutan el incomparable, aunque costoso,

privilegio de vivir bajo el régimen monárquico.

Hay por esos mundos de Dios cada rey, y cada reina, y cada príncipe, y cada princesa, que si se "echaran al redondel," á demostrar en público sus habilidades, dejarían á más de cuatro famosos profesores — incluyendo á Escriú — en disposición de decir:

—Puesto que se nos deja sin instrumentos que tocar, ¡vengan cetros que empuñar!

La reina Victoria (*Her Gracious Majesty*, como la llamamos los íntimos) es, según cuentan, una habilísima organista. Su hija la princesa Luisa no está á menor altura en este ramo del "saber musical."

¡Y véase lo que son las cosas, es decir, los instrumentos!

Mientras la reina Victoria y la princesa Luisa se dedican al más místico y religioso de ellos, ¿cuál dirán ustedes que toca el príncipe de Gales?

El *banjo* de los negros, y con tal destreza, que no hay en los circos clown que le iguale, excéntrico que le emule, ni *minstrel* que le supere.

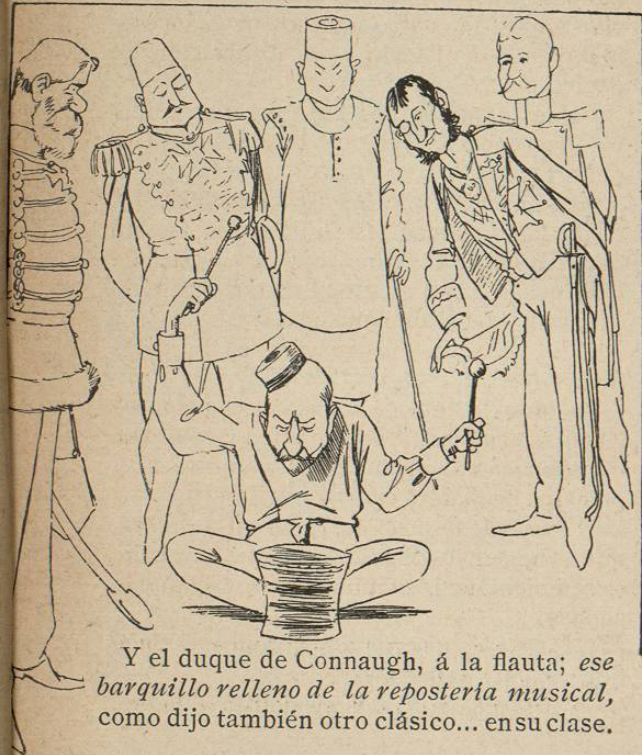
(*Cant* inglés y seriedad británica, á cinco libras esterlinas el metro.)

La princesa de Gales se dedica al piano.

El duque de Edimburgo, al violín; sin olvidar el

dulce meneo de las cantimploras,

como dijo el clásico.



Y el duque de Connaugh, á la flauta; ese *barquillo* relleno de la repostería musical, como dijo también otro clásico... en su clase.

Con estos suaves y pacíficos gustos de la familia real inglesa, contrastan los estrepit-



tosos y violentos del Zar, ó *Tsar*, que decimos los rusófilos.

Alejandro III hace las delicias de su corte

con el cornetín de pistón. Quizá proceden de ahí sus simpatías por Francia... Sabido es que no ha habido maestro en ese género como Mr. Arban.

Afortunadamente para los *virtuosi* del *Ramillete*, el *Eliseo Madrileño* y el *Liceo Rius*, Rusia cae lejos. De otro modo, nuestros héroes del cornetín de pistón corrían grave peligro de verse suplantados cualquier día por el gran autócrata.

La emperatriz de Austria es una de las pocas mujeres que tocan la *zither*.

—Y ¿qué es la *zither*?—dirá el curioso lector.

Yo no lo sé á punto fijo, porque así me he encontrado esa palabreja, y así la dejo; pero digo yo que será algo así como una bandurria.

¿Y si, en vez de bandurria, es un violón?

Se lo preguntaré á Romero Robledo, tocador de lo mismo, que se dedica ahora á poner en solfa á las augustas "parientas," de la referida Emperatriz.

El rey Jorge de Grecia tiene aficiones análogas á las de su cuñado el príncipe de Gales. Al descendiente de Agamenón le da el naipe (y esto del naipe no lo digo porque el "interesado," sea griego y se llame Jorge) por las campanas, las copas, y otras *martingalas* musicales de igual género.

La reina Isabel de Rumania es una gran harpista; así, con *h*, para que no se figuren nuestros académicos que se trata de una vulgaridad.

Y ya que hablamos de Isabeles, no debemos olvidar los filarmónicos españoles que Isabel II recibió en otro tiempo con mucho aprovechamiento las lecciones de piano del ilustre maestro Arrieta, y que la infanta Isabel, competentísima en materias musicales y verdadera profesora, dirigió hace poco en la Granja la banda de música del regimiento de Saboya.

La más peregrina de todas las habilidades musicales que voy enumerando es la del príncipe Enrique de Battenberg, que hace maravillas pasándose por los dientes un pedazo de marfil cubierto con un pedazo de tela finísima.

¿No es esto, como si dijéramos, *roer un hueso* aristocráticamente?

Al fin y al cabo, es lo que hacen casi todos los reyezuelos y principillos de Europa.

Como se ve, podría formarse una sociedad de concertistas regios, ungidos del Señor, que harían seguramente las delicias de los pueblos de un modo harto más eficaz que representando oficialmente á Dios en la tierra.

Ni siquiera faltaría en este concierto de

majestades el indispensable y simpático *niño del tambor*.

El ejemplo bíblico del rey David, el clásico del emperador Nerón y el más moderno de Federico de Prusia, que se encogía de hombros cuando le hablaban de la batalla de Rosbach y deliraba por que le aplaudiesen como flautista, son tradiciones y ejemplos que no echan en saco roto los reyes y príncipes de la época presente.

Ya no son aficionados platónicos, como el emperador Carlos V, que increpaba en plena iglesia al fraile que desafinaba en el coro; ni como Fernando VI, fanatizado por el famoso Farinelli; ni como Carlos IV, que hizo á Godoy cuanto hay que hacer por los méritos de su preciosísima guitarra; ni como el rey Luis de Baviera, que se echó en brazos de Wagner, presa de la melomanía, y acabó por tirarse á un estanque de cabeza.

Los de ahora son aficionados prácticos y ejercientes; y á fe que si perdieran sus coronas—y sobre todo sus ahorros—se encontrarían ciertamente en mejor situación que el Lorenzo XXIV de *La Mascota*, reducido



en el último acto á ir tocando el organillo de puerta en puerta.

Conste, por lo demás, que no es en clase de pianistas, ni organistas, violinistas, flautistas, campanólogos, etc., etc., como se distinguen los soberanos europeos.

Lo que tocan más soberanamente es:

- 1.º El violón;
- 2.º Las consecuencias;
- 3.º El cielo con las manos.

¡Lástima que, antes de llegar á esta última perfección en su arte, cuesten tan caros al auditorio!

Septiembre de 1889.



EQUIPOS DE INVIERNO

TODA persona conocida—es decir, toda persona cuyo nombre figura en el *Anuario* de Bailly-Baillièrre, en los libros del censo electoral y en los registros parroquiales—recibe á entradas de invierno y de verano un Catálogo del *Printemps*, *Bon Marché* ó de otros establecimientos análogos, en donde se anuncian las “altas novedades,” propias de la estación, que la casa pone á disposición del respetable público.

Este sistema de anuncios con que el comercio moderno hace retroceder hasta los tiempos del Zend-Avesta la rancia sentencia *El buen paño en el arca se vende*, va